

El Sr. Maza vivió la vida del artista y del hombre de bien. Pasó los postreros años de su larga existencia dedicado siempre al trabajo, y encerrado en su modesta casa que era un jardín tapizado con hermosas pinturas.

Una de las últimas producciones de su pincel es el retrato del actual Gobernador del Estado, cuya obra tiene reconocido mérito.

El carácter de aquel respetable artista, era entusiasta á par que suave y bondadoso; su conversación instructiva y atrayente hacía que sus amigos lo rodeasen en los salones, en el carro del ferrocarril, y aun en la calle para escuchar los aforismos de la experiencia.

Al escribir estas líneas recordamos haber tenido la oportunidad de presenciar uno de los filantrópicos rasgos del Señor Maza. Entramos accidentalmente á un Colegio de niñas, y encontrando al estimable anciano rodeado por muchas Señoritas, le preguntamos si también allí estaba enseñando á pintar plantas y flores á aquel grupo de flores vivientes. El buen maestro no supo ó no quiso saber lo que contestaría; pero más tarde nos explicó la Directora del establecimiento, que el Señor Maza, gratuita y espontáneamente iba á dar la cátedra para que no perdiera su sueldo el Profesor de Dibujo que se hallaba enfermo. ¿No es verdad que la Providencia y la Naturaleza pocas veces dan vida á hombres semejantes?

XXVI.

CASA NUMERO 5 DE LA 1ª CALLE DEL 5 DE MAYO.

El General Don Francisco Meixueiro.

El día 20 de Marzo de 1890 vimos la casa del Señor Meixueiro plétorica de personas, y desde el Primer Jefe del Estado hasta el último obrero, llevaban luto en el vestido y tristeza en el corazón.

Aquella numerosa y ordenada concurrencia acompañó al panteón el cadáver del Señor General Meixueiro, que había sido cumplido militar, inteligente hombre de negocios, Diputado al Congreso de la Unión y Gobernador muy querido del Estado de Oaxaca.

El General Meixueiro tuvo el valor civil y personal de aceptar el Gobierno del Estado en los momentos que acababa de triunfar en Oaxaca la revolución de Tuxtepec cuando contaba apenas con un millar de soldados para oponerse á todo el ejército mexicano subordinado al Presidente Don Sebastián Lerdo de Tejada.

Don Fidencio Hernández, que acababa de tomar la plaza el día 27 de Enero de 1876, dispuso para poder continuar su campaña, dejar un Gobernador nombrado por él mientras tenían lugar las elecciones populares. Entonces ninguno de los más ardientes opositores al Gobierno caído, ni de los más sabios políticos, ni de los más adictos partidarios del General Porfirio Díaz, quiso aceptar la Primera Magistratura por temor á las emergencias de la situación; únicamente el Sr. Meixueiro, entonces Coronel, impávido y resuelto á todo, comenzó á gobernar con actividad y con prudencia: su laboriosa gestión duró cinco años hasta que, nombrado el Señor General Porfirio Díaz le entregó el mando diciéndole las siguientes frases que ha guardado la historia:

«El respeto á las garantías individuales y á todos los preceptos de nuestra Constitución fueron la norma de mi gobierno, que siempre buscaba en la cooperación de los otros Poderes la grandiosa palanca para el mejoramiento y bienestar del pueblo, y en los funcionarios administrativos á sus leales agentes que con aptitud é integridad correspondieron siempre á las rectas inspiraciones de mi programa.»

Al General Meixueiro debe Oaxaca, entre otras importantísimas mejoras, el jardín del Zócalo, la terminación del Paseo Juárez, la introducción del agua potable del pueblo de Huayapam, y la fundación del Museo en el Instituto del Estado; esta última mejora se principió con el gasto de un mil pesos reunidos por sus amigos para celebrar su venida de la Capital de la República, y él rehusó el festival pidiendo que el dinero se emplease en la fundación del Museo.

XXVII.

CASA NUMERO 5 DE LA 1ª CALLE DE TRUJANO.

Don Ignacio Mariscal.

Durante largos años del siglo próximo pasado esta casa se llamó de *Mariscal*, propiedad y habitación de una encumbrada familia oaxaqueña; en ella descollaron damas honorables, é inteligentes caballeros.

El Señor Don Ignacio Mariscal nació en el año de 1829, y todavía menor de edad, conquistó en la Capital de la República el título de Abogado; muy pronto fué representante de Oaxaca en la Asamblea constituyente de 1857.

Desde entonces consagró su vida al servicio de la Patria en la Magistratura, en la cátedra, en los Gabinetes extranjeros y por último, en la Secretaría de Relaciones al lado del Señor General Porfirio Díaz.

Un juicioso escritor mexicano ha dicho con verdad, que el Señor Mariscal pasó junto al oro sin mancharse, pasó junto á la gloria sin desvanecerse.

La noticia de su muerte fué recibida en esta ciudad con verdadero sentimiento, y el Gobierno desde luego acordó las debidas manifestaciones de duelo que terminaron con una velada fúnebre en el Instituto del Estado la noche del 23 de Abril de 1910.

La vida, los triunfos y los servicios del Señor Mariscal están descriptos en los discursos que el Secretario General del Gobierno del Estado, el Presidente de la Legislatura y el Presidente del Tribunal Superior pronunciaron ante el sarcófago erigido para honra del ilustre finado.

He aquí algunos pasajes de aquellas piezas oratorias:

Venimos á rendir un póstumo tributo en honor del Lic. Don Ignacio Mariscal, Secretario de Relaciones Exteriores, que falleció en la Capital de la República el día 16 del mes en curso, porque este ilustre ciudadano, con su conducta generosa y patriótica se hizo merecedor del aprecio y reconocimiento de todos los buenos mexicanos.

Mas de 60 años de importantísimos servicios prestados á la causa de la libertad y de la Reforma y para el engrandecimiento de nuestra querida Patria, toda una vida consagrada á tan elevados fines bastan para que la muerte del Señor Lic. Mariscal importe con justicia un duelo nacional. Los mexicanos nunca nos consolaremos de su pérdida, porque el ilustre desaparecido fué uno de los miembros más conspicuos del Gabinete del Señor General Porfirio Díaz, y el más antiguo de sus colaboradores en el desarrollo de su liberal programa de Gobierno.

Con sobrada razón nuestro Primer Magistrado, luego que tuvo noticia oficial del penosísimo suceso, movido por sus sentimientos de patriotismo y de afecto muy justificado para el hábil diplomático, interpretando el deseo del pueblo oaxaqueño, acordó, en uso de sus facultades, los honores póstumos que estimara convenientes y, entre otros, ésta fúnebre velada, en la cual me cabe la honra de dirigiros la palabra, en nombre del Poder Ejecutivo del Estado.

El honorable ciudadano, cuyos restos mortales fueron recientemente sepultados en el Panteón Francés de la Ciudad de México, en medio de una imponente manifestación y con todos los honores correspondientes á su alta dignidad, nació en Oaxaca el año de 1829; se dedicó al estudio de la jurisprudencia, y dando una muestra de sus excepcionales facultades, á los veinte años, cuando pisaba apenas los dinteles de la juventud, obtuvo el título de Abo-

gado en la Capital de la República. Fué su tierra natal la elegida por él para darle las primicias de su labor, y aquí, filiado en el Partido Liberal, al que perteneció toda su vida, desempeñó algunos cargos públicos de relativa importancia que le valieron el destierro al entronizarse en el país por la postrera vez la dictadura de Santa Anna. Pero triunfante la revolución de Ayutla que acabó con aquella odiosa tiranía, el Señor Mariscal fué electo Diputado por Oaxaca al Congreso general, que se reunió como consecuencia del último movimiento político, y le cupo en suerte contribuir á la expedición de la Carta fundamental de la República.

Joven aún, el Lic. Mariscal reveló excepcionales cualidades de honradez y de pericia, y esto explica que al triunfo del Partido Liberal y durante el corto espacio de tiempo comprendido entre los años de 1861 á 1863, fuera otra vez elegido popularmente Diputado al Congreso de la Unión y Magistrado de la Corte Suprema de Justicia federal, y nombrado por el Señor Presidente Juárez Oficial Mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores, cargo del cual se separó porque así lo exigía la salud de la Patria, y para desempeñar el delicadísimo de Consejero y Secretario de la Legación de México en los Estados Unidos de América en donde colaboró eficazmente con el Jefe de la misión diplomática que lo era el también ilustre hijo de Oaxaca, Lic. Matías Romero, al propósito de nuestro Gobierno de interesar al de la Casa Blanca en favor de la causa de México que luchaba contra la más inicua é injustificada de las invasiones.

Pero en el Ministerio de Relaciones Exteriores, al cual ingresó por último nombramiento que se le confirió, al tomar segunda vez posesión del Gobierno Supremo del país el Señor General Porfirio Díaz, es donde el Lic. Mariscal prestó á la Patria sus servicios más recomendables, porque en este dilatado periodo de 25 años, secundando las elevadas miras de aquel hábil estadista, México que apenas si era conocido en el extranjero, atrajo la atención de todas las Cancillerías.

Es muy digna de notarse la discreción y la cordura con que el Jefe del Poder Ejecutivo y su digno colaborador, procedieron en la reanudación de relaciones con potencias de cuyo trato estaba México alejado por motivo de nuestra última guerra extranjera, y muy particularmente con el Imperio de Austria-Hungría; y los preliminares empleados para alcanzar el fin propuesto sin que sufriera la dignidad de los países que deseaban la reconciliación y el olvido, son la prueba palmaria del tacto y la prudencia del extinto Jefe de la Cancillería mexicana.

El Lic. Mariscal, á la par que notable jurisconsulto y hábil estadista, era literato: la prensa periódica del país engalanó algunas veces sus columnas con las producciones originales del poeta ó con las traducciones que á conciencia hacía, de selectas obras escritas en inglés ó en francés; idiomas que poseía á la perfección.

Tales son los puntos culminantes de la vida del grande hombre que acaba de bajar al sepulcro entre las bendiciones y las lágrimas de un pueblo agradecido; y justamente mereció que su cadáver fuera cubierto con los pliegues de nuestra tricolor bandera, hermosísima demostración que simboliza el abrazo de tierna despedida, que dá la Patria á uno de sus hijos predilectos que se ausenta.

JOAQUÍN SANDOVAL.

En nombre de la Legislatura, que representa al pueblo del Estado, vengo á unir mi acento á vuestros votos de dolor, vengo á colocar una guirnalda de siemprevivas en el monumento que habeis levantado para honra fúnebre del meritisimo oaxaqueño, el Señor Ignacio Mariscal, hombre sabio, hombre de Estado, hombre de bien.

Y hoy que la República, vestida de luto por el hijo esclarecido, envuelve sus restos con la bandera nacional, y al ponerlos en el sepulcro entona un himno de gratitud y de tristeza, vosotros habeis hecho bien consagrando esta vigilia fúnebre al ilustre finado para ofrecer un melancólico tributo de admiración á la inteligencia y la virtud que mueren.

¡Qué tristes, qué elocuentes son estos sarcófagos erigidos á los Padres de la Patria que han sido amados y perdidos para siempre!

La tumba encierra todos los misterios del no ser, todos los secretos de la tristeza y el dolor.

Esas flores que caen y se deshojan parece que son las ilusiones pasadas, esa luz vacilante de las antorchas funerarias se asemeja á la última mirada de los seres que nos dieron la vida, y el humo ténue y vago del pebetero embalsamado parece que va en busca de los espíritus que se fueron para no volver.

Genios del silencio y la melancolía baten sus alas temblorosas y vagan en torno de la tumba como si trajeran á los muertos ensueños de paz y de virtud y convidaran á los vivos á la reminiscencia y la meditación.

Y hay tumbas como ésta en cuyas gradas se sienta el angel de la gloria poniendo una mano sobre la llave que la cierra, y alzando la otra para señalar allá, más allá del espacio las frondosidades del Eliseo, el país de las eternas flores y los inmarcesibles laureles, el lugar destinado para los buenos, para los grandes, para los inmortales.

Por ese instinto del futuro que, como el instinto de la Patria, es innato en el alma del hombre, se ha hecho universal el culto de los sepulcros; así en todos tiempos el arte, la ciencia, el dolor y la piedad se unen para cubrir de flores las urnas cinerarias, ya en el panteón de los pobres, ya en el alcázar de los reyes.

A mediados del último siglo, vosotros lo sabeis, Señores, se alzó en Oaxaca una pléyade compuesta de jóvenes intelectuales que honraron la prensa, la tribuna, la cátedra y los campos de batalla.

Era la época en que moría el antiguo régimen. El Señor Mariscal, figurando entre aquellos valientes adalides, proclamaba la igualdad social, la libertad política y civil, la reivindicación de los desheredados; y el pueblo entonces le dió su representación para el Congreso Constituyente de 1857.

Uno de sus biógrafos ha dicho que, al llegar á México el joven abogado tenía henchidos los pulmones con el aire de la libertad.

Y desde entonces la vida de aquel sabio fué consagrada por más de medio siglo al servicio de la Patria con increíble asiduidad y perpetua honradez. Poeta en su primera juventud, manejó con vigor el estro de los clásicos, después Diputado por Oaxaca, firmó el acta de las garantías del ciudadano, Magistrado en la Suprema Corte de Justicia representó la fuerza moral del derecho y acompañó al Señor Juárez cuando sostenía el pabellón nacional en el naufragio de la República; Representante de México en los Estados Unidos, mantuvo inteligente armonía con la nación vecina, y protegió á los desterrados mexicanos avivando el fuego de la defensa nacional; Plenipotenciario en Londres, defendió la inviolabilidad de los Gobiernos americanos, y por último, en el Gabinete del Señor General Díaz, como su primer Secretario y honorable colaborador, era estimado por el Cuerpo Diplomático, era un oráculo para la juventud, un prócer distinguido en la sociedad y un blasón ilustre para el Estado de Oaxaca.

Y habiendo cumplido su destino con inteligencia y rectitud bajó al sepulcro cargado de años, de merecimientos y condecoraciones.

¡Ah! No lo dudemos, los que nacimos en el país en que nació, los que pudimos conocerlo y respetarlo, si en este momento evocamos su sombra veneranda estará con nosotros, y nos escuchará si le pedimos que vierta su pensamiento en el alma del pueblo, que mantenga

la fé republicana y los principios de orden y libertad bien entendida; que nos enseñe á ser buenos, y á los buenos á ser mejores para el bienestar de su Patria, para la gloria de su nombre, y para honor de México.

ANDRÉS PORTILLO.

Esta severa manifestación ha sido organizada por el Gobierno del Estado como un tributo merecido al paisano ilustre y al elevado funcionario en el mismo suelo en que plugo á la Divinidad formar una inteligencia esclarecida, un corazón sencillo y tierno y una alma que siguió en su tránsito por este mundo las inspiraciones y consejos de la santa virtud y del más acendrado civismo. En estos momentos nos embarga la magestad augusta de la muerte, que si bien pone en el pensamiento todas las tristezas de la tumba, despierta en los corazones todas las aspiraciones á la inmortalidad con que ha sellado para siempre jamás la frente de nuestro sentido conterráneo, como uno de sus hijos en que más haya puesto sus complacencias.

Inútil es, Señores, designar al inolvidable muerto con el nombre que llevó en la vida, porque todos lo tenemos aprendido desde nuestra niñez ó nuestra juventud; en nuestros oídos ha resonado muchas veces asociado á los triunfos y á los progresos de la Patria, unido siempre al concepto de la virtud sencilla é inseparable de las nociones del honor y del civismo. Nunca fué necesario decir á los hijos del Atica quien era Aristides, pues todos lo conocían con el conceptuoso epíteto de «el Justo» por su austera probidad, por su equidad y su desprendimiento. Tampoco á los oaxaqueños será preciso decir quien era Mariscal; todos lo conocimos, todos lo amamos, todos lo respetamos, y en este clásico momento lloramos su desaparición, porque con él se vá uno de los últimos representantes de esa raza macrobita que ha levantado el nombre antes obscuro de Oaxaca á una notable altura y lo ha hecho conocer en el extranjero como la cuna de los grandes hombres de la tierra mexicana. Esa raza ha debido su longevidad á su sencillez de costumbres, á la sobriedad de su vida y á la firmeza y serenidad de su espíritu. Juárez, Díaz, Mariscal: hé aquí la trinidad augusta de esa generación de oaxaqueños, cuyos nombres sólo bastarían para que no perezca nuestra memoria en los anales del mundo civilizado.

Doblado, Mariscal y Romero fueron los artífices de ese monumento que ha acreditado nuestra civilización en la vieja Europa, siendo labor casi exclusiva del segundo la que se expresa en los conceptos de uno de sus apologistas que afirma que nuestra Cancillería es respetada en el antiguo mundo como una de las más sabias y discretas.

Los servicios del Señor Mariscal, como Secretario de la Legación mexicana en Washington, en la inolvidable y aciaga época en que nuestra nacionalidad estuvo á punto de perecer por las intrigas y ambiciones del pequeño entre los Napoleones, secundadas eficazmente, por desgracia, por nuestras discordias intestinas, por más que hayan sido de poca resonancia en aquella ocasión, en razón de que toda la gloria que produjeron reflejara en la prominente figura del entonces Ministro Romero, no por eso hay que menospreciarlos, pues fueron en verdad de alta importancia. En no pocas de las notas diplomáticas de aquel terrible periodo se trasluce la sagacidad, ciencia y dicción castiza y limpia de aquel austero y hábil cuanto modesto Secretario en cuya memoria hoy nos hemos congregado. Ambos de consuno obtuvieron uno de los triunfos más trascendentales para nuestro sér político, ya que no sería aventurado suponer que la espada fulgurante de nuestros héroes de la segunda independencia

habría sido hecha pedazos, si bien nunca humillada, sin la astucia y habilidad diplomática desplegada en el consejo prudente y sabio de los dos oaxaqueños que en aquel entonces llevaban la representación del honor nacional.

No es verdaderamente un pabellón de vívidos, brillantes y bellos colores el que por propia virtud tenga la fuerza prodigiosa de agrupar bajo sus ondulantes pliegues millares de hombres para honrarlo y defenderlo; es porque representa simbólicamente y con bella investidura el espíritu de la raza, sus virtudes, las gestas de sus paladines, el genio de sus vates, la clarividencia de sus sabios, el númen de sus estetas y la sangre de sus mártires. He aquí por qué lo saludamos á su paso descubriéndonos respetuosos; por qué morimos empuñándolo y defendiéndolo como la leona herida defiende sus cachorros; por qué hace latir nuestros corazones cuando ondea sobre nuestras cabezas y por qué cubre nuestros despojos mortales como un sudario sacrosanto.

El culto á nuestros grandes hombres nos ha agrupado solícitos y presurosos en este recinto fúnebre, celosos de cumplir una ceremonia sagrada en que oficia el patriotismo para hacer la consagración ritual de nuestro desaparecido ilustre, elevando su busto por primera vez sobre el ara santa de la Patria cual lo hemos elevado en nuestros lares en íntimo y silencioso culto; consagración que es el más digno homenaje al que vivo prestó tantos servicios á la Nación y muerto colocamos en el santuario en que se veneran los manes sacros de los padres de nuestra nacionalidad.

Juremos ante esos símbolos, que en este momento nos recuerdan la memoria de uno de los más preclaros, sostener y guardar las columnas de ese santuario, para que si en lo porvenir, modernos Jerges y Daríos se arrojaran hambrientos sobre las riquezas y reliquias que encierra entre sus muros, encuentren un nuevo Marathon ó una nueva Salamina, ó siquiera surja al reclamo de los sagrados despojos un moderno hijo de Manué que muera envuelto entre sus ruinas con el pueblo mexicano.

ANTONIO ITURRIBARRIA.

XXVIII.

CASA NUMERO 18 DE LA 3ª CALLE DEL 5 DE MAYO.

El Doctor Manuel Ortega Reyes.

Para honor de Oaxaca y de los oaxaqueños podemos afirmar, respecto al Dr. Ortega Reyes, padre de la primera esposa del Señor Gral. Díaz, lo que tenemos escrito del artista Don Manuel Maza, hermano político de Don Benito Juárez.

Ambos ciudadanos siempre fueron adictos á sus ilustres deudos; en la fortuna como en la desgracia jamás abusaron de su honrosa posición, y lo que algunas veces pedían á los Presidentes fué tan sólo la protección al pobre y el perdón para el vencido.

Durante más de treinta años que el Dr. en Medicina D. Manuel Ortega ejerció su profesión en Oaxaca, desde el año de 1847 hasta el 77 que fué á ocupar un puesto en el Senado, la casa de aquel bondadoso caballero podía considerarse dividida en cuatro departamentos donde ejercía su benéfica misión el médico, el hombre instruido, el hombre de bien y el hombre cristiano: en los altos una honorable dama, la Señora Serafina Arteaga de Ortega, guardaba el depósito de las virtudes domésticas y la cultura social. Por otro extremo había un oratorio dotado con algunas obras de arte. En los bajos, por un lado, había un museo, adquisición del Doctor con su trabajo y su dinero; y por el otro, un consultorio visitado diariamente por muchos pobres que recibían curaciones y alimentos.

El Dr. Ortega Reyes, bajo la administración de Don Benito Juárez hizo la primera carta corográfica del Estado de Oaxaca, y posteriormente escribió una obra de historia natural y un estudio curioso de la época y la persona del General Don Vicente Guerrero.

Sirvió á su país natal como Presidente del Ayuntamiento, Director del Hospital, Administrador de la Casa de Moneda y Diputado al Congreso de la Unión. Murió á la edad de noventa años el día 13 de Noviembre de 1908, ocupando un puesto en el Senado.

XXIX.

CASA NUMERO 18 DE LA 3.^A CALLE DEL 5 DE MAYO.

Don Manuel Tomás Orozco.

En esta casa murió, siendo Juez del Registro Civil, el Sr. Manuel Orozco persona estimada en Oaxaca por su trato social y reconocida probidad.

La instrucción primaria durante los tiempos coloniales no estuvo abandonada en Oaxaca: los Dominicos, los Agustinos, y los Betlemitas impartían la enseñanza gratuitamente y las más de las veces con buen éxito; pero llegó un día en que aquel afán decayó algo, la población aumentó considerablemente y las nuevas instituciones demandaron más extensión en el sistema escolar y más libertad para el magisterio.

Consumada la Independencia, el Gobierno del Estado acordó pensionar en México un jóven para que estudiase el sistema lancasteriano, y en el certámen fué elegido el Señor Orozco que pronto regresó con su título de Profesor; así, puede decirse que fué el fundador de la primera Escuela Normal en esta ciudad.

En aquel Instituto que duró algunos años fué donde el Sr. D. Benito Juárez estudió los principios de las ciencias.

D. Manuel Orozco tuvo larga vida é irreprochable hoja de servicios ocupando los puestos de Administrador de Tabacos, Jefe político de Tlacolula, Jefe de Hacienda en el Estado, Tesorero del Ayuntamiento y Juez del Registro Civil. Por último, á poco tiempo de intentar la fundación de una escuela en la Cárcel de Ciudad, falleció el día 3 de Febrero de 1884.

Las hijas de aquel ameritado ciudadano figuraron siempre en las extremidades de la sociedad, lo decimos así porque frecuentemente y con igual cordialidad se presentaban en las casas de los ricos á cultivar sus ilustradas relaciones y en las chozas de los infelices á repartir el pan de la caridad y la enseñanza cristiana.

La Señorita Guadalupe Orozco fué la primera Directora de la Escuela Normal para Profesoras, llamada entonces "Academia de Niñas" cuando la fundó el General Don Porfirio Díaz.

La misma Señorita fundó el Colegio particular donde se educaron muchas niñas que hoy son excelentes madres de familia; presidió la Sociedad católica de Señoras y coadyuvó con su hermana Doña Luz al establecimiento del Hospital de Caridad, lo mismo que con la Señora viuda de Portillo á la fundación del "Hospicio de Pobres." Bajó á la tumba el día 6 de Diciembre de 1908 dejando dulces recuerdos y grandes enseñanzas á sus numerosas discípulas.

XXX.

CASA NUMERO 3 DE LA 1.^A CALLE DE ARMENTA Y LOPEZ.

El Profesor Patricio Oliveros.

Entre los años de 1882 á 1888, en esta casa, ocupada últimamente por el «Banco de Oaxaca,» estuvo el Colegio de instrucción primaria superior fundado y dirigido por un aplaudido poeta de vasta instrucción y grandes cualidades para el magisterio.

Patricio Oliveros, jóven robusto, de baja estatura, color moreno, chispeantes ojos y frente despejada, era hijo de esta raza mestiza, activa, inteligente y llena de pasiones que resultó de los matrimonios entre los blancos y caballerosos españoles con las altivas y ardientes hijas de Huaxyacac.

Oliveros tenía un carácter fogoso y al mismo tiempo sentimental; había estudiado mucho y se distinguió en todas ocasiones por sus arranques patrióticos y religiosos.

A su colegio concurrieron pensionados muchos hijos de familias acomodadas, y también de muchas pobres á quienes educó gratuitamente.

Una enfermedad prolongada obligó á Oliveros, con sorpresa y sentimiento de sus amigos á dejar toda clase de trabajos.

Se dijo por entonces que había padecido cierta dolencia mental.

Aquel malogrado poeta murió en Febrero de 1895, dejando una colección de composiciones, algunas inéditas, de donde tomamos este soneto muchas veces publicado, y que pudiera figurar entre las obras del antiguo clasicismo español:

La Vaca prieta.

Si no te hubieras muerto, madre mía,
Vieras la vaca prieta que me diste
Qué flaca está, desmerecida y triste,
Apenas come á la mitad del día:

Cuando baja á beber allá en la ría
A la lluvia y al sol mustia resiste,
Le brinca por delante y ya no enviste
Al perro aquel que tanto te quería.

Y si falta á la vaca tu cariño
Y rasca el suelo y muge de tristeza,
Y revienta la sogá por hallarte,

¿Qué haré yo, madre, que me lloro niño,
Aunque ya tengo blanca la cabeza?.....
Por todas partes sin cesar buscarte.

Agosto 24 de 1891.

P. OLIVEROS.